

á cabo, sobre todo cuando pensaban en el hombre que estaba en Fontainebleau, en lo que hacía y podía hacer allí. Quedábale aún el ejército que había centralizado bajo sus órdenes, reforzado con todo lo que había recogido en el camino y las tropas que habían combatido en París; quedábale el ejército de Lyon, mal mandado por Augereau, pero excelente; los incomparables ejércitos de los mariscales Soult y Suchet, que estaban lejos sin duda, pero que podían reunirse más tarde ó más temprano con las otras fuerzas, y, en posesión de sus facultades con más fuerza que nunca, como lo habían probado, y de un modo terrible los dos últimos meses. Y aun en aquel instante ¿no podía inmediatamente sólo con las fuerzas que tenía disponibles caer sobre París, y si no triunfaba, señalar al menos su fin con alguna catástrofe sangrienta, con alguna venganza trágica, que coronaría dignamente su formidable carrera. Al pensar en esto temblaban, y entre aquella muchedumbre que se agolpaba en el palacio de Talleyrand, compuesta de realistas antiguos y realistas del día ó de la víspera cuando más, reinaba una inquietud manifiesta; allí se difundían, se comentaban, se afirmaban ó se negaban las noticias llegadas de Fontainebleau y de sus cercanías.

Había un medio de conjurar el peligro, y era el de provocar en el ejército algún movimiento como el que acababa de producirse en el senado. Seguramente el cansancio no existía sólo entre los servidores civiles del imperio, sino que existía también y en no menor escala entre sus servidores militares. Los infortunados que en pos de Napoleón habían paseado su cuerpo á menudo mutilado de Milán á Roma, de Roma á las Pirámides, de las Pirámides á Viena, de Viena á Madrid, de Madrid á Berlín, y de Berlín á Moscou, sin entrever jamás el término de sus penas, escasos restos de dos millones de guerreros, debían estar más rendidos y aniquilados que los que en el senado se habían fatigado con el cansancio ajeno. En tanto que habían tenido gloria y ricas dotaciones, por premio de los peligros incansables que amenazaban su cabeza, habían seguido, no sin murmuraciones, á un capitán afortunado; pero hoy que acababa de hundirse el edificio de las dotaciones, que se extendía, como el edificio colosal del imperio, de Roma á Lubeck; hoy que la gloria no era ya aquella gloria resplandeciente que se recoge después de la victoria, sino esa gloria virtuosa y amarga que se recibe después de las derrotas soportadas con heroísmo, no era imposible convertir los murmullos en clamores y los clamores en sedición militar, empleando para lograrlo astutos manejos. Además había bastantes razones que dar á los hombres de guerra, persuadidos ya de antemano por sus padecimientos para resolverles á dejar al más exigente de los amos. No se trataba, en efecto, de abandonar á Napoleón por el extranjero ni aun por los Borbones, lo que habría inspirado á unos honrosos escrúpulos y á otros repugnancias profundas, sino de abandonarle para adherirse al gobierno provisional que acababa de surgir de los mismos infortunios que Napoleón había atraído sobre la Francia. Al cabo y al fin, este gobierno no era de extranjeros ni de Borbones, aunque los extranjeros pudiesen ser su apoyo y los Borbones su fin; sino que era la reunión de los hombres más importantes del régimen imperial, que en medio de París, desertado por la mujer y los hermanos de Napoleón, descubierto por una falsa

maniobra de su parte é invadido por el enemigo, se habían puesto de acuerdo para salvar el país, reconciliarle con la Europa, y hacer cesar una lucha desastrosa é inútil en lo sucesivo. Mientras Napoleón había representado el suelo patrio y le había defendido, por culpable que pudiera ser, le debían toda su ayuda; pero ahora que, á consecuencia de una fatal complicación de faltas y de descalabros, estaba vencido, y no podía ya nada con respecto á la Francia más que arruinarla quizá con la prolongación de una guerra calamitosa, ¿no era legítimo separarse de un hombre en quien había dejado de personificarse la salvación del país, si bien se personificaba aún la gloria de nuestras armas, y agruparse en torno de un gobierno que, sin empeño en imponer una institución ni una dinastía determinada, apelaba á los buenos ciudadanos para que le ayudasen á sacar al país de una crisis espantosa, con la reserva de ver después (su título de provisional lo indicaba bastante claro) bajo qué leyes, bajo qué familia soberana ampararían definitivamente á la Francia libertada y salvada?

Unas ideas de esta especie debían ser escuchadas por todos los hombres sensatos, y con más razón por los hombres hastiados, extenuados, cuidadosos de sus intereses, como los jefes de ejército, que tenían en su mayor parte, además de las quejas generales, quejas particulares, pues Napoleón había tenido que reprender á más de uno de ellos, sobre todo en la última campaña, y lo había hecho con la aspereza de un carácter impetuoso y absoluto. Sin embargo, preciso es decir en su honor, que ante el enemigo ninguno de ellos había cesado, y que los más cansados, los más descontentos habían sido á menudo las más bizarros. Pero todo tiene un término, hasta la adhesión personal, sobre todo cuando no se distingue ya una causa legítima para ella y el hombre se cree sacrificado á las pasiones de un amo insensato. Ahora bien, Napoleón no debía parecer otra cosa á hombres que estaban persuadidos de que había podido siempre hacer la paz y que nunca la había querido. Succedíale lo que sucede á los que no dicen constantemente la verdad, y es que se llega á no creerles cuando la dicen. Napoleón había sido culpable cuando no concluyó la paz en Praga é imprudente cuando no la concluyó en Francfort, pero en Chatillón le honraba no haberla aceptado, y en Fontainebleau se mostraba heroico al querer prolongar la guerra para sacar á París de manos del enemigo. Sin embargo, no se creía nada de todo esto, y la pena, la noble pena de Mr. de Caulaincourt había llegado á ser para Napoleón casi una calumnia. El sufrimiento que Mr. de Caulaincourt manifestaba por haber visto la paz tantas veces rechazada, hacía suponer que últimamente aún, sobre todo en Chatillón, la paz había sido posible honrosamente y que por locura se había despreciado. No veían ya en Napoleón más que un loco furioso, de cuyas manos era preciso arrancar á toda la Francia y á los individuos.

En las clases inferiores del ejército solía existir el sentimiento violento del cansancio físico, pero un día de sol, una buena comida, una hora de sosiego y la vista de Napoleón lo disipaban al punto. Entre los jefes se manifestaba un cansancio muy peligroso, cual era el cansancio moral, y éste era proporcionado al grado, esto es, á la previsión: grande entre los generales, era extremo entre los mariscales.

Había uno entre todos, aquel quizá que habría podido inspirar menos recelos, que Mr. de Talleyrand, con su acierto para descubrir el flaco de los corazones, tenía marcado de antemano como el hombre que cedería más pronto á las buenas y á las malas razones que se podrían emplear para quitarle á Napoleón sus capitanes más íntimos, y no era otro que el mariscal Marmont. Este oficial, á quien había hecho Napoleón mariscal y duque, más por complacencia de antiguos condiscípulos que por estimación de sus talentos, no se creía bajo el régimen imperial apreciado en su justo valor, ni colocado en el puesto que le correspondía; y es muy cierto que, aunque amante de su persona y admirador de su brillante valentía, Napoleón no hacía ningún caso de su capacidad. Este hombre de entendimiento presuntuoso é incompleto, y aplicado á medias, creyendo profundizar lo que apenas penetraba, aspirando por todas partes al primer papel, cuando todo lo más era capaz de desempeñar el segundo, sin bastante superioridad para dirigir ni bastante modestia para obedecer, era antipático á Napoleón, que prefería á él otros mariscales de inteligencia sencilla y sólida y hasta un poco limitada, si se quiere, pero puntual y enérgica en la obediencia. Por eso había colocado delante de Marmont á hombres que éste creía le eran inferiores; además Marmont había cometido en Craonne una falta muy grave que, sin embargo, no hubo de atraerle las recriminaciones que habría merecido, y estaba incomodado con Napoleón en vez de estarlo consigo mismo. Mr. de Talleyrand había sacado á relucir con mucho tacto estas miserias de la vanidad, en la entrevista que había tenido con Marmont el 30 de marzo por la noche, y había fijado en este mariscal el blanco á que debían tender todas las seducciones. Efectivamente, en los momentos de crisis, la vanidad descontenta es un objeto hacia el cual puede encaminarse la intriga con muchas probabilidades de triunfo. A esto añadiremos que Marmont tenía en las circunstancias actuales una posición que, tanto como su carácter, debía llamar hacia él los esfuerzos de los seductores. Acababa de defender á París con mucho brillo, y se había atribuido todo el honor de esta defensa, aunque la mitad le tocaba de derecho al mariscal Mortier. Después se había establecido con su cuerpo de ejército sobre el Essonne, cubría la concentración que se formaba en Fontainebleau, y ganarle á la causa del gobierno provisional era decidir la cuestión que el genio y el carácter indómito de Napoleón parecían poner en duda todavía. Habían buscado un tercero á quien pudiesen emplear en esta obra y le habían hallado á propósito en la persona de un antiguo amigo y un antiguo ayudante de Marmont, Mr. de Montessuy, que había dejado las armas por la hacienda y había hecho fortuna honrosamente en su nueva carrera; que participaba de todas las ideas sanas de la alta clase media sobre el despotismo imperial y sobre la guerra, y que tenía, en fin, sobre Marmont la influencia que tienen todos los ayudantes sobre los generales, influencia que consiste en conocer sus debilidades y saber aprovecharlas, cuando se presenta una ocasión propicia para ello. Cargaron, pues, á Mr. de Montessuy de cartas de los personajes del nuevo gobierno tanto para Marmont como para otros jefes del ejército, y le enviaron á Essonne, añadiendo á este medio otro no menos eficaz. Desde que

Napoleón, retirado en Fontainebleau, pareció que concentraba allí sus tropas, habían trasladado una parte del ejército aliado á la orilla izquierda del Sena. Habían reunido en París y en las cercanías las reservas de los aliados, con más el cuerpo de Bulow empleado en un principio en el bloqueo de Chalóns, y habían establecido entre Juvisy y Choisy-le-Roi, Longjumeau y Montlhery, una porción notable de las tropas de la coalición. Por último, no lejos del Essonne, instalaron el cuartel general de Schwartzenberg, para que el generalísimo pudiera estar dispuesto á aprovecharse de las primeras flaquezas de Marmont. No fué este mariscal el único objeto de sus manejos, sino que enviaron también á Oudinot un oficial pariente suyo; escribieron por medio de Beurnonville á su amigo, el mariscal Macdonald, y en fin, despacharon á Fontainebleau una porción de emisarios militares, casi todos los cuales, gracias al ardiente deseo de adquirir noticias, debían ser acogidos entre los curiosos, los cansados ó los infeas.

El tema desarrollado en todas las comunicaciones escritas ó verbales, era que se pertenecían al país y no á un hombre; que este hombre había perdido la Francia; que si, después de haberla comprometido, contara con medios para salvarla, quizá debieran sacrificarlo todo á él, pero entonces no podía hacer otra cosa que derramar inútilmente una sangre generosa, que ya se había vertido á torrentes; que la Europa estaba resuelta á no tratar más con él, y que á todo gobierno menos al suyo le concederían condiciones honrosas; que por consiguiente, era preciso adherirse sin tardanza al gobierno provisional, con el que la Europa estaba dispuesta á entrar en tratos, y que adhiriéndose á este gobierno, le darían fuerza, autoridad, en una palabra, todos los medios de hacerse respetar, ya de los monarcas aliados, ya de los Borbones, contra los cuales, al llamarlos al poder, querían tomar precauciones legales. Finalmente, á estos razonamientos honrados y sensatos, sin duda alguna, debían añadir otros menos elevados, aunque podían declararse también, á saber, que los Borbones, cuyo regreso estaba próximo, recibirían con los brazos abiertos á los militares que abrazaran su causa y sobre todo á los que se pronunciaran los primeros.

Independientemente de estos manejos, los actores principales de la nueva revolución habían tenido cuidado de hacer salir de París á Mr. de Caulaincourt, pues admitido este personaje cerca de Alejandro con tanta intimidad como cuando representaba en San Petersburgo al vencedor de Austerlitz y de Friedland, los ofuscaba con su presencia lo mismo que les había ofuscado antes en el congreso de Chatillón. En efecto, mientras aparecían negociando con el emperador destituido, nada estaba seguro á sus ojos y habían significado al zar que no era ni generoso ni prudente ligarles á ellos con más compromisos, si aún quedaba alguna probabilidad de acuerdo con Napoleón. Alejandro lo había comprendido, y aunque por un sentimiento de pura bondad le costase mucho trabajo decir la verdad desnuda á Mr. de Caulaincourt, había concluido por desanimarle completamente á fin de obligarle á que saliera de París sin que él se viera en la precisión de ordenárselo terminantemente. Como Mr. de Caulaincourt le repetía sin cesar que era víctima de intrigantes, hombres de partido, que le engañaban acerca de los sentimientos de la Francia,

y que por querer llevar su triunfo hasta el último extremo se exponía quizá á provocar una catástrofe que envolvería en un desastre común á la capital de la Francia y al ejército aliado, Alejandro le había dicho que él no daba crédito á los hombres de partido intrigantes, sino á sus propios ojos; que nadie quería ya á Napoleón; que la Francia no estaba menos cansada de él que toda la Europa; que era preciso, pues, someterse á la necesidad y renunciar á verle en el trono; que sabían muy bien de lo que era capaz, pero que estaban dispuestos y que lo estarían mejor aún dentro de poco; que los amigos de Napoleón el único servicio que podían hacerle era aconsejarle la resignación, á cuyo beneficio podrían obtener para él una suerte menos rigurosa: para Napoleón había dejado entrever que se trataba para su persona de un buen retiro y para su hijo de un trono bajo la regencia de María Luisa.

Mr. de Caulaincourt, aunque poco inclinado á las ilusiones, había concebido entonces algunas esperanzas y se había dicho que ese trono sería quizá el de Francia acordado al rey de Roma bajo la tutela de su madre. Al punto de marchar á Fontainebleau, había intentado un postrer esfuerzo cerca del príncipe de Schwartzberg, que en calidad de representante del suegro de Napoleón y de antiguo negociador del matrimonio de María Luisa, debía estar algo mejor dispuesto, si no hacia Napoleón, al menos hacia su dinastía. Pero Mr. de Caulaincourt le había encontrado peor que al mismo Alejandro, y mucho menos reservado en sus expresiones. El príncipe de Schwartzberg, importunado con la presencia de Mr. de Caulaincourt y con sus instancias, le había dicho que era preciso al fin explicarse francamente; que nadie quería ya á Napoleón ni á los suyos; que el Austria había luchado en su favor hasta la última hora; que con el deseo de provocar una postrera ocasión de acuerdo, había imaginado el armisticio de Lusigny, y que Napoleón, en vez de corresponder á sus intenciones paternas, había escrito á su suegro una carta ofensiva para este monarca, pues le suponía en ánimo de engañar á sus aliados, y peligrosa para la Europa si el Austria hubiese sido capaz de dejarse seducir; que desde aquel instante el emperador Francisco, profundamente afectado, se había adherido enteramente á la idea de no tratar más con Napoleón; que, en consecuencia de esta idea, habían intentado la aventurada operación de encaminarse á París, empresa en que habían salido bien á pesar de todos los peligros que presentaba, y que seguramente obrarían con arreglo á la buena fortuna que habían tenido; que era cosa resuelta deshacerse en todo y por todo de Napoleón; que además, habiendo encontrado á la Francia del mismo parecer, no veía por qué habían de detenerse en un camino que era el único que ofrecía verdadera seguridad, pues no se podía esperar el descanso apetecido sino desembarazándose del hombre que hacía diez y ocho años trastornaba el mundo; que en lo tocante á su mujer y á su hijo era un sueño querer hacerles reinar, pues ninguno de los dos podía; que á mayor abundamiento el Austria no quería cargar con la responsabilidad de tal resolución; que sería aquél, ó el gobierno de Napoleón continuado bajo un nombre falso, ó el más débil y más impotente de los gobiernos para dar descanso á la Francia y seguridad á la Europa; que, por consiguiente, era preciso tener paciencia y que

Mr. de Caulaincourt, en vez de suplicar en vano á personas que le escuchaban con el rostro atento por cortesía y con oídos cerrados por deber, debía ir á declarar la verdad á Napoleón, y decidiéndole á que se resignara con su suerte, terminar para él, para la Francia y para todo el mundo aquella dolorosa agonía, que se prolongaba ya demasiado tiempo.

Irritado con tan áspera franqueza, Mr. de Caulaincourt, que también sabía decir la verdad sin embozos ni rodeos, preguntó al príncipe de Schwartzberg si no era extraño que él, ministro del suegro de Napoleón, afectara ser contra Napoleón el más resuelto de los representantes de la Europa; que él, humilde solicitante del matrimonio de María Luisa en otro tiempo, fuese hoy el enemigo altanero de ese matrimonio y de los deberes morales que le eran consiguientes; que él, capitán tan presuroso y tan bien recompensado por el emperador de los franceses en la campaña de Rusia, se mostrase tan severo con respecto á sus empresas de guerra; en suma, que olvidara tan pronto lo que eran el ejército francés y su jefe, después de haber tenido ocasiones muy recientes de acordarse de ello. «¿Suponéis quizá, añadió con orgullo Mr. de Caulaincourt, que porque yo, constante apóstol de la paz, me encuentro aquí suplicando por alcanzar esa paz, que lo mismo que ahora deseaba después de Wagram y de Dresde, suponéis que mi actitud es la del soberano á quien estoy sirviendo? Os engañáis. Su firmeza de hoy es la de siempre, aumentada con la exasperación. Sus soldados son partícipes de sus resentimientos, y si pudieron los austriacos, con el enemigo en su capital, dar las batallas de Essling y de Wagram, los franceses no harán menos para arrancar su patria de manos del extranjero, y al cabo y al fin no es mucho orgullo creer que los franceses se pueden comparar con los austriacos y Napoleón con el archiduque Carlos.»

Un poco amilanado con la dureza de Mr. de Caulaincourt, el príncipe de Schwartzberg le respondió que no había olvidado lo que debía personalmente á Napoleón, pero que á otro debía más aún y era á su propio soberano; que había deseado y pedido el casamiento de María Luisa y que no desconocía su valor; que veía en él un lazo, pero no una cadena; que en consideración á este lazo el Austria había hecho todo lo posible en 1813 y 1814 para abrir los ojos á Napoleón é infundirle resoluciones moderadas; que nada había conseguido y que todo tiene fin, hasta las contemplaciones de parentesco; que en cuanto á los actos de desesperación, los prevenían muy terribles por parte de un hombre de genio al frente del ejército francés, pero que ellos estaban dispuestos y se batirían también como desesperados; que si se trataba para los franceses de arrancar su patria á la dominación extranjera, tratábase asimismo para todas las potencias de arrancar su independencia de manos de un dominador implacable; que habían sido esclavos y no querían serlo más; que si era preciso salir de París, saldrían; pero que volverían á entrar, y que los aliados no se sacrificarían menos á su independencia que los franceses á la integridad de su territorio.

Es evidente que si el Austria, por conveniencia y por prudencia, había querido contemporizar con Napoleón en 1813 y se había contentado al ofrecerle la paz de Praga con poner límites á su dominación absoluta sobre

la Europa; que si en Francfort, también por conveniencia y prudencia, le había ofrecido la Francia con el Rin y los Alpes; y que si últimamente, en Chatillón, para evitar los azares de la marcha á París, le había propuesto la Francia de 1790, es evidente, decimos, que en la actualidad, creyendo haber superado todos los peligros y cubierto todas las conveniencias, el Austria prefería acabar con un yerno insoportable, y sobre todo recoger los frutos de la victoria común, frutos para ella inesperados é inmensos, pues quitando á la Francia los Países Bajos y las provincias del Rin, y renunciando por su parte á estas posesiones, tendría en cambio la línea del Inn, el Tirol y en fin la Italia. El placer, muy dudoso para ella y muy embarazoso en muchos casos, de ver á una archiduquesa de regente en Francia, no valía el peligro de ver á su terrible yerno recobrar el cetro, y prefería dar á esa archiduquesa una indemnización en Italia aun á costa suya, antes que dejarla en París, guardándole el puesto á Napoleón. Este cálculo, muy natural, no probaba que Francisco II fuese un mal padre; probaba que este príncipe prefería el interés de sus pueblos al de su hija, y así no puede decirse que faltara á sus verdaderos deberes.

Esto explicaba el poco apoyo que la causa de Napoleón encontraba cerca del príncipe de Schwartzberg, representante franco en demasía de una política que Mr. de Metternich, si se hubiese hallado en París en aquel instante, habría seguido con igual constancia, pero con más miramientos. Mr. de Caulaincourt, convencido por todo lo que había visto y hecho durante aquellos tres días, de que no inclinaria á nadie en favor de Napoleón, ni entre los servidores más eminentes del imperio, ni entre los representantes de los soberanos aliados, quiso sin embargo ver de nuevo al emperador Alejandro, con el fin de saber si una vez sacrificada Napoleón, no quedaría al menos alguna esperanza para su dinastía. Alejandro le recibió con la misma bondad, pero repitiéndole lo que ya le había dicho sobre la necesidad de ir á Fontainebleau á aconsejar á Napoleón un último y grande sacrificio. «Partid, le dijo, partid, pues á cada instante me piden que os despache; me dicen que vuestra presencia intimida á muchos y les hace temer que volvamos nosotros hacia Napoleón, de modo que al fin me veré obligado á alejaros porque ni mis aliados ni yo queremos autorizar semejantes suposiciones. Podéis creer que no abrigo ningún resentimiento. Napoleón es desgraciado, y sin dificultad le perdono el mal que ha hecho á la Rusia. Pero la Francia y la Europa necesitan descanso, y con él no lo tendrán jamás: sobre este punto nos hemos decidido irrevocablemente. Que reclame cuanto quiera para su persona: no hay retiro que no estemos dispuestos á concederle. Más aún: si quiere aceptar la mano que le tiendo, que vaya á mis Estados, y allí recibirá una hospitalidad no sólo magnífica, sino cordial, lo que es mejor todavía. Él y yo daremos un gran ejemplo al universo, yo al ofrecerle un asilo, y él aceptándolo. Pero su abdicación es la única base posible de negociación. Partid, pues, y volved cuanto antes con poderes para tratar bajo las únicas condiciones que nosotros podemos admitir.»

Mr. de Caulaincourt intentó saber si, abdicando Napoleón, se salvaría el trono de su hijo. Alejandro no quiso explicarse, pero sin embargo afirmó que no estaba

resuelta irrevocablemente la cuestión de los Borbones, aunque todo parecía inclinarse hacia ellos, é insistió de nuevo en que Mr. de Caulaincourt se ocupara lo más pronto posible de la suerte personal de Napoleón. Mr. de Caulaincourt, queriendo indagar más, preguntó si, quitando á Napoleón la Francia, le darían en indemnización la Toscana. «¡La Toscana!» repitió Alejandro. Aunque sea muy poca cosa en comparación del imperio francés, ¿podéis creer que las potencias dejen á Napoleón en el continente, y que el Austria le sufra en Italia? Es imposible.—Pero Parma, Luca..., repuso Mr. de Caulaincourt.—No, no, nada sobre el continente, repitió Alejandro; una isla enhorabuena... La Córcega quizá...—Pero la Córcega es de la Francia, replicó Mr. de Caulaincourt, y Napoleón no puede consentir en recibir uno de sus despojos.—Pues bien, la isla de Elba, añadió Alejandro; pero partid; que vuestro soberano se conforme con una resignación necesaria, y veremos. Se hará todo cuanto sea conveniente y honroso. Yo no he olvidado lo que se debe á un hombre tan grande y tan desgraciado.»

Oídas estas palabras, Mr. de Caulaincourt partió, convencido de que sin un prodigio militar no había que esperar absolutamente nada para Napoleón ni casi para su hijo, y que él se hallaba en el deber de descubrirle la verdad tal cual era. Se puso en camino el 2 de abril, por la tarde, en el momento en que iba á pronunciarse la destitución, bien seguro de que sería proclamada dentro de algunas horas, y llegó á media noche á Fontainebleau.

En tanto que en París Mr. de Caulaincourt trataba en vano de afianzar las fidelidades vacilantes y de detener en sus resoluciones á los soberanos, Napoleón en Fontainebleau no había perdido el tiempo. Las lamentaciones no convenían más á su gran carácter que las ilusiones á su espíritu elevado. Si algunas veces se entregaba á las ilusiones, era como una excusa ó un vigor que se daba á sí mismo en sus temerarios designios, y sin engañarse por esto completamente. En la desgracia no temía abrir enteramente los ojos á la verdad, y sabía verla sin conmoverse. Aunque estaba fuera de París, había adivinado casi lo que pasaba; había previsto que los soberanos procurarían aprovechar hasta las últimas consecuencias de su triunfo; que el senado le abandonaría, y que para conjurar este doble peligro no había más recurso que un gran acontecimiento militar. Así, desde su vuelta á Fontainebleau, había tomado sus planes y los estados de sus tropas, y abrazando con mirada firme la hermosa pero terrible probabilidad que la fortuna parecía depararle aún, había resuelto no dejarla escapar.

Los aliados, después de haber perdido bajo los muros de París unos doce mil hombres entre muertos y heridos, y después de haberse reunido á ellos el cuerpo de Bulow, contaban aún con ciento ochenta mil combatientes. Napoleón, añadiendo á las fuerzas que él tenía los cuerpos de Mortier y de Marmont y algunas tropas de las orillas del Yonne y del Sena, no tendría menos de setenta mil. La desproporción era enorme, pero la pasión del ejército (hablamos de la pasión que reinaba en las clases subalternas), el genio de Napoleón, y las circunstancias locales, podían compensar esta inferioridad numérica, y todo hacía presagiar una inmensa ca-

tástrofe para la capital ó para la coalición. Cuando se piensa en los frutos de la victoria, si se hubiese alcanzado, en Francia restablecida de un solo golpe en su grandeza (se trata aquí de su grandeza natural y no de una grandeza insensata, de la línea del Rhin y no de la del Elba), no vacilamos en decir que la ganancia posible justificaba el riesgo, aunque hubiesen perecido en una sangrienta jornada todos los esplendores de París. La frontera del Rhin valía sin duda todo cuanto hubiese podido perecer en la capital, y por nuestra parte no podríamos aprobar á aquellos que habían seguido á Napoleón hasta Moscou, no le hubieran seguido esta vez hasta París.

Como quiera que sea, Napoleón concibió un plan cuyo resultado no le parecía dudoso y cuyo triunfo la posteridad tendrá al menos por verosímil. Desde que se había establecido en Fontainebleau para concentrar sus tropas, los aliados se habían dividido en tres masas, una de ochenta mil hombres sobre la izquierda del Sena, entre el Essonne y París; otra en el interior de París, y otra fuera sobre la derecha del Sena. Napoleón consideraba la situación que los aliados habían tomado como mortal para ellos, si es que se sabía aprovecharla. Quería atravesar súbitamente el Essonne con su ejército, rechazar los ochenta mil hombres de Schwartzberg hacia los arrabales de París, hacer un llamamiento á los parisienses para que se reunieran á él, y aprovechando la confusión probable de los aliados atacados de improviso, destrozarlos, sea que entrase en la ciudad en su persecución, sea que pasara de repente sobre la derecha del Sena por todos los puentes que poseía y se precipitara sobre su línea de retirada. Es probable, en efecto, que con los setenta mil hombres reunidos bajo sus órdenes, Napoleón destrozaría á los ochenta mil hombres que le estaban directamente opuestos; que éstos, rechazados hacia París, entrarían en la ciudad en desorden; que el menor concurso de los parisienses convertiría este desorden en derrota, y que Napoleón, siguiéndoles á quemarropa, ó corriéndose por la derecha del Sena sobre su línea de retirada, colocaría á la coalición en una situación de la cual saldría con mucha dificultad, aunque hubiese tenido á su cabeza lo que no tenía, al más grande de los capitanes.

Es muy probable también que después de semejante acontecimiento y ayudado por los labradores de la Borgoña, de la Champaña y de la Lorena, que no dejarían de caer sobre los vencidos, puesto que se arrojaban sobre los vencedores, Napoleón habría llevado en breve á la coalición hasta el Rhin. Si se engañaba, parécenos que valía más equivocarse con él aquel día, que haberse equivocado con él en Wilna en 1812 y en Dresde en 1813. Por lo demás, pensando poco en los peligros de París, Napoleón razonaba con respecto á esta capital como los rusos respecto á Moscou, y creía que nada era demasiado para lograr la exterminación de los enemigos que habían penetrado en el corazón de la Francia.

Imperturbable en medio de las situaciones más violentas y pasando siempre de repente de la concepción de sus planes á los detalles de la ejecución, había dado sus órdenes en consecuencia al plan imaginado. Había colocado á los mariscales Marmont y Mortier á lo largo del río Essonne, á Marmont dentro de Essonne y á Mortier en Mennecy; había reforzado el cuerpo de Mar-

mont con la división Souham, que contaba al menos seis mil hombres; reemplazado la artillería de Marmont y Mortier, que en parte había quedado bajo los muros de París, y suministrado á entrambos mariscales, mediante los recursos del gran parque, sesenta cañones con las municiones correspondientes; les había prescrito que rodearan á Corbeil de obras de campaña, con el fin de que se apropiaran el puente, independientemente del de Melún que ya poseían, á fin de poder maniobrar á su gusto sobre ambas orillas del Sena; que reunieran en Corbeil todas las provisiones de granos repartidas en abundancia sobre la derecha de este río y que fabricaran en el polvorín de Essonne toda la pólvora que pudieran; había escalonado su caballería en la dirección de Arpajón, á fin de ponerse en comunicación con Orleáns, adonde acababa de llamar á su mujer, su hijo, sus hermanos y sus ministros; había hecho avanzar á la joven guardia entre Chailly y Pont-Thierry para hacer sitio á los cuerpos de Oudinot, Macdonald y Gerard, que estaban para llegar; finalmente, había llamado á las tropas que con el general Alix habían defendido tan bien el Yonne, y de este modo tomaba sus disposiciones para tener el ejército entero concentrado detrás del Essonne el día 4, que era lo más pronto posible si se consideraba la distancia que había que recorrer de Saint-Dizier á Fontainebleau. Cada día pasaba revista á los cuerpos que se le reunían, y sin explicarse claramente, les dejaba entrever un brillante desquite del desastre sufrido junto á la capital. La guardia á su vista lanzaba gritos frenéticos; la infantería y caballería agitando los unos sus fusiles y los otros sus sables, mezclaban al grito de *¡viva el emperador!* este grito más significativo aún: *«¡A París, á París!»* Los demás cuerpos del ejército, más jóvenes y más sensibles á los sufrimientos, llegaban algunas veces cansados y tristes, pero no podían resistir á la presencia de Napoleón, á la vista de su rostro sombrío é inspirado á un tiempo, y al cabo de un momento de reposo se contagiaban con los sentimientos cuyo ardiente foco estaba en la guardia imperial. Por el contrario, los jefes del ejército estaban consternados, y la presencia de Napoleón les estorbaba, y hasta les irritaba, sin reanimarlos. No se atrevían á poner en duda que una última y sangrienta batalla no fuese un deber que tenían que cumplir con respecto al país, si podían de este modo salvarle, pero clamaban contra la idea de darla en el interior de París, si tal era la idea de Napoleón, lo que ellos ignoraban; pero así lo aseguraban en su derredor para hacer odioso este proyecto. Sus ayudantes y sus aduladores usaban del mismo lenguaje. Otra cosa sucedía entre los oficiales más unidos con la tropa: éstos no hablaban sino de vengar el honor de las armas, y comunicaban sus pasiones á los soldados. Por eso en cuanto se mostraba Napoleón, por todas partes se manifestaba un loco entusiasmo y un sentimiento común, no de adhesión á su persona, sino de exasperación contra el enemigo y contra los traidores que, según ellos, habían entregado la capital.

Hay días muy tristes, días en que el deber está obscurecido y en que hasta los corazones más honrados se encuentran perplejos. Este caso se presentaba aquí, y sinceramente se podía tener una opinión en París y otra en Fontainebleau. Comprendemos, con efecto, que en París pudieran, sin estimar al senado, adherirse á

sus resoluciones, y preferir la paz y la libertad bajo la antigua dinastía, á la guerra perpetua bajo un gobierno arbitrario y violento; y que, por el contrario, en Fontainebleau, para soldados valientes que no tenían que escoger entre dos sistemas políticos, sino que debían expulsar de la patria al extranjero, la única esperanza de destrozar á la coalición, aun en medio de las ruinas de París, les transportaba de entusiasmo. Si bien es evidente que la verdad no depende de los lugares, y que la verdad aquí no es mentira en otra parte, parécenos que la manera de considerarla puede depender de las situaciones, y que el deber puede diferenciarse según el punto en que uno se encuentra. En París, los buenos ciudadanos debían optar por la Carta y por los Borbones; los soldados en Fontainebleau, por una simple esperanza de expulsar al enemigo del territorio, debían exponer su vida una vez más, y habría sido más patriótico morir entonces delante del Essonne que antes en Austerlitz ó en Jena, pues ciertamente habrían muerto por el país y se habrían sacrificado no á la felicidad, sino á la desgracia.

Por lo demás, repetimos que era natural que en presencia de acontecimientos tan graves las almas estuviesen profundamente agitadas. Con efecto, Mr. de Caulaincourt las encontró muy conmovidas, y cuando en la noche del 2 de abril apareció en la puerta de Napoleón, los ociosos del estado mayor, que guardaban esta puerta, le acometieron con sus preguntas y le suplicaron que dijera toda la verdad á Napoleón. Este noble personaje no tenía necesidad de ser rogado sobre esto para hacerlo. Expuso sencillamente, sin rodeos, sin reticencias, todo lo que había visto y oído durante su estancia en París; ni siquiera disimuló á Napoleón las iras tremendas de que era objeto, ni sobre todo las resoluciones de los soberanos con respecto á él; y aunque no vacilaba jamás en dar un consejo, esta vez no se atrevió á darlo sin embargo, tan difícil era pronunciarse y tan inútil y cruel era sólo la insinuación del mejor consejo. Napoleón recibió á Mr. de Caulaincourt con la mayor dulzura y con visibles muestras de gratitud. No pareció ni turbarse ni sorprenderse con lo que oía. Por varios informes sabía ya algunos de los hechos contados por Mr. de Caulaincourt, y había adivinado los otros. Conocía el establecimiento del gobierno provisional, y aun la destitución, sin la exposición de motivos, y sobre todo los esfuerzos intentados para derribar su estatua.

«Bien hecho, dijo á Mr. de Caulaincourt: me sucede lo que me he merecido. Yo no quería estatuas, pues sabía que sólo son seguras cuando se reciben de la posteridad. ¡Para conservarlas en vida, sería preciso ser siempre dichoso! Denón quiso lisonjearme, tuve la debilidad de ceder, y ya veis lo que he ganado. Pero pasemos á otra cosa más importante. Nada me sorprende en vuestras noticias. Talleyrand se venga de mí, es muy natural... Los Borbones me vengarán de él... Pero todos esos hombres de la revolución que componen el senado, y entre los cuales hay más de un regicida, son muy imprudentes en arrojarse así en los brazos del extranjero, que los entregará á los Borbones. Están atemorizados y buscan donde pueden su seguridad. En cuanto á los soberanos aliados, quieren rebajar á la Francia. Sin embargo, se portan conmigo con poca dignidad. Yo he podido destronar al emperador Francisco y al rey Gui-

llermo, he podido desencadenar contra Alejandro á los aldeanos rusos, y no lo he hecho; me he conducido siempre con ellos á lo soberano y se conducen conmigo á lo jacobino. En esto dan un mal ejemplo. El menos hostil de todos es Alejandro. Está vengado y al fin es bueno, aunque astuto. Los austriacos, como los he visto siempre, humildes en la adversidad, en la prosperidad insolentes y sin corazón. Casi me obligaron á tomar su hija y ahora obran como si esa hija no fuese la suya. Schwartzberg se ha entregado á la emigración y Metternich á los ingleses; mi suegro les deja hacer; veremos si les permitirá llegar hasta el último extremo. La emperatriz espera lo contrario. En cuanto á los ingleses y los prusianos, quieren la desaparición de la Francia. Sin embargo, aún no está todo concluido. Quieren anularme, porque saben que sólo yo puedo levantar nuestra fortuna. Podéis creer que no me acuerdo del trono. Nacido soldado, puedo volver á ser ciudadano. Ya conocéis mis gustos: ¿qué me hace falta? Un poco de pan, si vivo; seis pies de tierra, si muero. Es verdad que he ambicionado y ambiciono la gloria... Pero la mía está al abrigo de la mano del hombre... Si deseo mandar algunos días más, es para levantar el brillo de nuestras armas, para arrancar de la Francia á sus implacables enemigos. Habéis hecho bien en no firmar nada: yo no habría aprobado las condiciones que os habrían impuesto. Los Borbones pueden aceptarlas honrosamente; la Francia que les ofrecen es la que ellos han hecho. Yo no puedo. Somos soldados, Caulaincourt; ¿qué importa morir, si morimos por semejante causa? Por otra parte, no creáis que la fortuna se haya pronunciado definitivamente; si tuviese un ejército, habría atacado ya, y todo habría concluido en dos horas, pues el enemigo está en una posición para perderlo todo. ¡Qué gloria, si los arrojamos de ahí, qué gloria para los parisienses expulsar á los cosacos de sus hogares, y entregarlos á los aldeanos de la Borgoña y de la Lorena que acabarán con ellos! Pero la tardanza es insignificante; pasado mañana tendré los cuerpos de Macdonald, Oudinot y Gerard, y si me siguen, cambiaré la faz de las cosas. Las jefes del ejército están cansados, pero la masa marchará, *mis viejos bigotes de la guardia* darán el ejemplo, y no habrá un soldado que vacile en seguirlos. Dentro de algunas horas, mi querido Caulaincourt, todo puede cambiar;... ¡qué satisfacción!... ¡qué gloria!»

Después de pronunciadas estas palabras con una mezcla de calma y de entusiasmo comunicativo, Napoleón envió á Mr. de Caulaincourt á descansar y él también cayó en un profundo sueño.

El día siguiente, 3 de abril, pasó todas las horas en revistas y preparativos, y unas veces sumido en sus reflexiones, otras con el rostro animado y la llama del genio en sus ojos, parecía embebido en un vasto proyecto, cuya ejecución estaba impaciente por comenzar. En aquel momento supremo, las tropas no resistían al efecto de su presencia, y aunque extenuadas al llegar, gritaban al verle *¡viva el emperador!* con una especie de frenesí. Los viejos soldados de la guardia, al oír contar, con la credulidad del campamento, que una indigna traición había entregado París, se irritaban de cólera y no manifestaban otro deseo que el de arrancar la capital de manos de los traidores. Sin embargo, estos